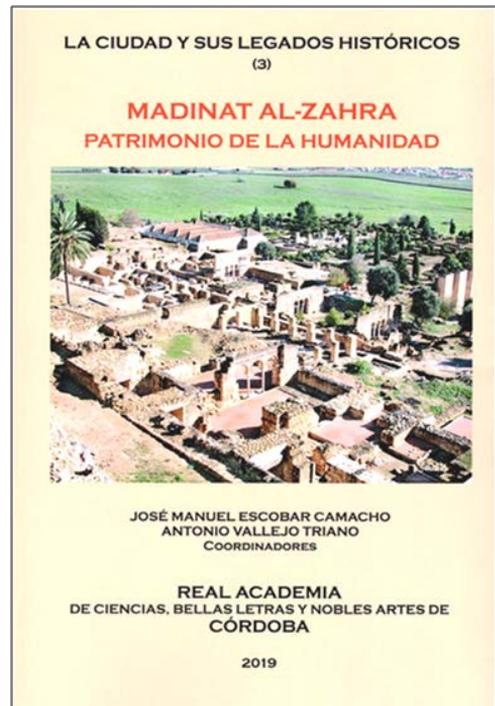


ESCOBAR CAMACHO, J. M.; VALLEJO TRIANO, A.  
(COORDS.): *LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS.*  
*MADINAT AL-ZAHRA PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD,*  
COL. «T. RAMÍREZ DE ARELLANO, III». CÓRDOBA, REAL  
ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES  
ARTES DE CÓRDOBA, 2019, 264 PÁGS.

Juan Francisco Murillo Redondo  
Académico Correspondiente

**E**l volumen del que son editores los doctores José Manuel Escobar y Antonio Vallejo, reconocidos medievalistas, reúne los trabajos presentados a las Jornadas que bajo el título *Madinat al-Zahra, Patrimonio de la Humanidad*, organizó la Real Academia de Ciencias Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba entre los días 11 y 16 de junio de 2018. Tanto el tema como las fechas elegidas culminaron el incondicional apoyo de la bicentenaria institución a la candidatura de *Madinat al-Zahra* para su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial, distinción finalmente obtenida en Bahreín apenas dos semanas después, el 1 de julio.



Con la incorporación de *Madinat al-Zahra* a tan distinguido club, en el que desde 1984 se encontraba ya incluida la Mezquita-Catedral, y desde 1994 el Centro Histórico de Córdoba, se cerraba un largo camino que A. Vallejo describe a la perfección en la contribución que cierra el volumen. Merced a este proceso, Córdoba cuenta hoy con el conjunto más repre-

sentativo de la herencia patrimonial y cultural de *al-Andalus*, encabezado por la Mezquita Aljama, el gran edificio dinástico de los emires y califas omeyas, inserta en el corazón de la ciudad que se convirtió, desde el año 717, en capital del Islam occidental, desarrollándose a lo largo del emirato para convertirse, tras la proclamación del Califato en el año 929, en la gran metrópolis islámica capaz de rivalizar con El Cairo fatimí y con las capitales abasí de Bagdad y de Samarra.

Es este el contexto histórico que aborda el profesor R. Córdoba en su extenso trabajo de síntesis titulado «*El mundo mediterráneo en el siglo X. Madinat al-Zahra como expresión de una época*». En él inserta la «singularidad» andalusí en el extremo occidental del mundo circunmediterráneo a partir de su patente diferenciación frente a unas sociedades cristianas, ya sea de herencia latina o helénica, extendidas a lo largo de las orillas septentrionales del antiguo *Mare Nostrum*, y unas sociedades islámicas en las que se inserta, pero de las que aspira a diferenciarse políticamente tras la definitiva ruptura de la más teórica que real unidad que había detentado el Califato abasí.

Pese a esta fragmentación en lo secular, aún se mantenía una intensa unidad cultural y lingüística que, como el profesor Córdoba destaca, permitió la supervivencia del ideal del Califato como máximo anhelo para el gobierno de la *Umma*, lo que explica las líneas básicas de la propaganda tanto fatimí como omeya cordobesa, que presentan a sus rivales como heréticos y aspiran a la reunificación de todos los musulmanes bajo su propio califato. Es en la plasmación de este deseo en el que debemos entender la decisión de 'Abd al-Rahman III de fundar *Madinat al-Zahra*, íntimamente asociada a la autoproclamación como califa de *al-Nasir*, como indica A. Vallejo en la primera de sus contribuciones a este volumen, «*Apuntes sobre la historia y arqueología de Madinat al-Zahra*». En efecto, junto a la materialidad arqueológica representada por su extensión, depurada concepción urbanística y arquitectónica, riqueza y calidad de los materiales empleados, infraestructuras de servicio y de integración en un territorio profundamente islamizado y articulado por la vecina *Madinat Qurtuba*, la fundación califal se presenta en la propaganda legitimista omeya como representación simbólica del paraíso, tal y como se deduce de los pasajes coránicos elegidos para algunas de las inscripciones procedentes de sus edificios más representativos. Esta carga simbólica, y profundamente anti fatimí, podría rastrearse igualmente en el nombre dado a la ciudad, *al-Zahra* (la resplandeciente), que es el apelativo que suele recibir Fátima, la hija del Profeta, personaje fundamental para el discurso legitimista del califato rival. Todo ello sin olvidar otras claves, como la posible vinculación

con el planeta Venus (*Zuhara*), en manifiesta oposición al uso que de Marte (*al-Qahit*) hizo la propaganda fatimí para su nueva capital egipcia.

Al igual que la reestructuración de la vieja Córdoba por ‘*Abd al-Rahman* I se hizo sobre modelos sirios, teniendo principalmente a Damasco como referente, el concepto urbanístico de *Madinat al-Zahra* es «inequívocamente oriental», con 112 hectáreas encerradas en un rectángulo de c. 1500 x 750 metros, que une a la perfección geométrica de su doble cuadrado la estricta jerarquía que el poder califal pretende imponer sobre los preceptos genéricamente igualitarios que regularían a la Comunidad de Creyentes. Como bien ha expuesto el autor en varias publicaciones, esta jerarquización del espacio urbano se apoya en las posibilidades escenográficas que brinda la disposición de la ciudad en el piedemonte de Sierra Morena, de modo que un descomunal Alcázar, que ocupa casi el 20% de la medina, se alza, completamente aislado, sobre la mezquita aljama y el resto del caserío, haciendo patente el dominio del Califa.

Referente indiscutible sobre *Madinat al-Zahra*, Vallejo sintetiza con maestría el estado de la cuestión de lo que la investigación arqueológica ha deparado en relación con el extenso Alcázar. Uno de los aspectos trascendentales que se aportan es el de la secuencia constructiva de los diferentes edificios constitutivos del Alcázar, marcada por «la propia evolución de la institución califal y del Estado», reflejados en profundos cambios operados a mediados de la década de 950 para la «centralización de las instituciones administrativas del Estado» y para la «adaptación del palacio para nuevas formas de representación del poder califal». Así, tras la demolición de las edificaciones de la primera fase, en la parte superior del Alcazar se levantan el Salón Basilical de la terraza superior (¿*Dar al-Yund?*), y el gran edificio del «Patio de los Relojes» (¿*Dar al-Wusara?*), evidenciando la fuerte centralización administrativa derivada de la reforma puesta en marcha por ‘*Abd al-Rahmn* III en el año 955, completada por *al-Hakam* II con el nombramiento, en el primer año de su reinado, del cargo de *hayib* como cabeza del aparato administrativo califal, dotándole de su propia residencia, para lo que se demolieron tres viviendas previas. Esta transformación de la terraza superior complementó la de la terraza inferior, donde se amortizó un jardín y varias edificaciones para generar un grandioso conjunto presidido por el Salón de ‘*Abd al-Rahman* III, construido entre los años 953 y 957, escenario para la autorrepresentación califal.

Con posterioridad a estas transformaciones, las últimas referencias a obras en *Madinat al-Zahra* son del año 972, cuando el califa *al-Hakam* II ordena adaptar una zona de la *Dar al-Mulk* para la educación del príncipe *Hisam*. Tras el traslado definitivo de *al-Kakam* II al Alcázar de Córdoba y

su muerte en el año 976, cesa cualquier referencia a la celebración de nuevas recepciones, lo que evidencia la desaparición de toda actividad política y ceremonial en *Madinat al-Zahra*. En 978 el nuevo *hayib* de *Hisam II, Ibn Abi Amir*, inicia la construcción de *Madinat al-Zahira*, trasladando a la nueva capital amirí la administración califal desde *al-Zahra*. Es el golpe de gracia, y si bien su recuerdo permanecerá en la literatura y el imaginario colectivo árabes, las sombras del olvido caerán poco a poco sobre la «ciudad brillante», símbolo del *al-Mulk* del primer califa de *al-Ándalus*.

También la acuñación de moneda, privilegio exclusivo del Poder, se convertirá en símbolo, directo e indirecto, de éste, como se encarga de resaltar el académico R. Frochoso en su minucioso trabajo «*La ceca de Madinat al-Zahra. El sistema monetario y su epigrafía*». El núcleo central de esta contribución lo constituye el estudio de la epigrafía empleada en las distintas acuñaciones y su evolución en consonancia con los cambios operados en la epigrafía empleada en los diferentes edificios de la ciudad, labor en la que Frochoso deja constancia de sus profundos conocimientos numismáticos.

Cambiando el tono, la contribución a este volumen por parte de la profesora M. J. Viguera se centra en los procesos paralelos, pero de ritmo diferente, de islamización y arabización que, promovidos desde fechas tempranas por el Estado omeya, permitieron el florecimiento cultural andalusí de época califal, beneficiado del alto nivel de urbanización existente, explícito en Córdoba y, a partir del año 936, también en *Madinat al-Zahra*. La ciudad, y las funciones políticas, religiosas, sociales y económicas que en ella se concentraban, será el elemento básico para favorecer el desarrollo de la cultura árabe. Y el Poder (*al-Mulk*) concentrado y asociado a Córdoba desde el año 717 explica el prestigio de la ciudad como principal foco de la cultura árabe en *al-Andalus*, recordado, mitificado y amplificado tras su abrupto fin, como se encarga de ilustrar la autora. Como en otros aspectos, el mecenazgo omeya fue fundamental para la difusión del saber y de la cultura árabe en *al-Andalus*, plasmándose en las bibliotecas que «realzaban y legitimaban el Poder», al tiempo que generaban una auténtica «industria cultural» radicada en la capital y dependiente de la Corte, ya estuviera asentada en la propia Córdoba o en las efímeras *Madinat al-Zahra* o *Madinat al-Zahira*. Esta cultura cortesana, directamente emanada de la munificencia del Poder, acabará por convertirse en una imagen más del mismo, al igual que los grandes edificios que representan a la dinastía, como ya percibió, en el siglo XIV, *Ibn Jaldum*.

En esta línea abierta por la profesora Viguera discurre la ponencia del Dr. Juan P. Monferrer titulada «*Al-Madinah al-Zahra' y los poetas anda-*

*lusies: simbolización de un tópico literario*», en la que resalta la contradicción fundamental entre el mundo preislámico, beduino y seminómada, y la nueva construcción cultural islámica, esencialmente urbana tras la instalación del centro del califato omeya en Siria, como continuidad patente del bizantino que le precedió. El nuevo individuo musulmán se constituye como «ente cultural» que sólo puede desarrollarse plenamente en la ciudad, estando aquí el origen de la ciudad como motivo literario general y poético en particular, ámbito este último en el que «trasciende su mero espacio físico (...) hasta transformarse y ser parte de la psicología del poeta». Es la compleja psicología del poeta andalusí, conformada por la tradición y por su vinculación con el Poder, al que en gran medida está dirigida su producción, la que hace que la ciudad aparezca como «símbolo de un sentimiento» que refleja una «realidad ya intangible», situada en el pasado, «en la que anhelo y dolor son las dos caras de la misma moneda». Junto a Córdoba, *Madinat al-Zahra* encarnará este simbolismo, más intenso si cabe teniendo en cuenta su traumático final y la oposición con la que siempre contó entre los medios intelectuales malikíes dominantes en la capital del Califato.

Un anónimo poeta al que cita el profesor Monferrer expresaba en sus versos la idea, extendida entre los poetas andalusíes, de que *Madinat al-Zahra* era una parte más de la urbe madre, Córdoba. Aunque lo cierto es que *Madinat al-Zahra* fue en todos los sentidos, urbanísticos y legales, una ciudad independiente de Córdoba, al igual que posteriormente *Madinat al-Zahira*, la cruda realidad física e histórica, junto al propio carácter conservador de la ideología omeya, provocaron que tanto los contemporáneos como, con mayor razón, las generaciones posteriores la vieran como una parte de esa enorme urbe que fue la aglomeración cordobesa de la segunda mitad del siglo X, que la arqueología nos revela cada día con mayor precisión. Esto explica, en buena parte, lo que el Dr. José Manuel Escobar explicita en su contribución a este volumen, bajo el título «*Madinat al-Zahra en la historiografía local cordobesa*»: pese a su pervivencia en el imaginario cultural árabe, la efímera capital de 'Abd al-Rahman III comenzó a disolverse en el recuerdo de los propios cordobeses de los siglos XI y XII, confundida en el trauma que supuso el final de la dinastía omeya y la desaparición de esa prodigiosa Córdoba.

Esta pérdida de realidad y entrada en el mundo de la fabulación determinará el olvido del propio nombre de la ciudad tras la conquista castellana de 1236, hasta el punto de ignorarse completamente su significado, como demuestra el nuevo topónimo que se dará a sus ruinas, Córdoba la Vieja, que ya aparece en el *Libro de diezmos de los donadíos*, otorgado por Fernando III y cuya copia conservada data de 1318. De la documenta-

ción notarial y archivística, el topónimo pasará a la historiografía cordobesa con Ambrosio de Morales a la cabeza, para quien esa Córdoba la Vieja no sería otra que la ciudad fundada, a mediados del siglo II a.C., por M. Claudio Marcelo, amplificando de este modo un error que afectará a la mayor parte de los eruditos cordobeses de las centurias siguientes. La excepción la constituirá Pedro Díaz de Rivas, que rebatirá con evidencias arqueológicas los argumentos de Ambrosio de Morales para demostrar que la fundación de Marcelo se encontraba en el mismo emplazamiento que la Córdoba moderna, y que las ruinas de Córdoba la Vieja, en realidad, correspondían a un «castillo» construido por *'Abd al-Rahman* III. Su argumentación será continuada, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, por el también jesuita Francisco Ruano, por el agustino Enrique Flores y por Antonio Ponz. Será el magisterio de estos autores el que, ya en la centuria siguiente lleve a Ceán Bermúdez y, fundamentalmente, a Pedro de Madrazo a identificar Córdoba la Vieja con la ciudad palatina del primer califa de *al-Andalus*, apoyándose para ello en la traducción de la obra de *al-Maqqari*, salida de la pluma de Gayangos.

Quedaba de este modo recuperado el nombre de *Madinat al-Zahra* y muy pronto, con los albores del siglo XX, las excavaciones arqueológicas emprendidas por Velázquez Bosco comenzarían a desvelar su materialidad. Es esta materialidad y el conjunto de valores que llevaron a la Unesco a incluir la ciudad de *al-Nasir* en la Lista del Patrimonio Mundial, los que sirven de hilo conductor al director del Conjunto Arqueológico durante tres décadas, A. Vallejo, en su segunda participación en el libro, bajo el título «*El camino de Madinat al-Zahra hacia su reconocimiento como Patrimonio Mundial*». Con emoción y agradecimiento a precursores como Velázquez Bosco, Félix Hernández, Manuel Ocaña y otros muchos, el doctor Vallejo destaca desde esas primeras fases la «coherencia en el modelo de recuperación», en el que «la continuidad de las personas y los proyectos» define un sistema de trabajo en el que «la investigación estuvo guiada por los intereses del propio yacimiento y relacionada íntimamente con la conservación».

La nueva etapa iniciada en 1985 partió de los logros de la precedente, pero también del reconocimiento de sus carencias, pivotando sobre cuatro ejes interconectados: la inclusión del territorio y el paisaje en la estrategia de recuperación del Conjunto Arqueológico, a través del *Plan Especial de Protección de Madinat al-Zahra*, redactado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y aprobado definitivamente por el Ayuntamiento de Córdoba en 1998; en el interior del yacimiento, potenciar la accesibilidad, desde todos los puntos de vista, del área excavada, fundamentada en la producción rigurosa de conocimiento, la conservación integral y la so-

cialización del conocimiento previamente obtenido; frente a la ciudad de Córdoba, superar su «invisibilidad social», tanto material como mental; y por último, dotarla de una adecuada infraestructura museística.

La inclusión de *Madinat al-Zahra* en la lista del Patrimonio Mundial ha venido a reconocer, junto a sus Valores Universales Excepcionales, el éxito de este modelo de gestión, que previamente había obtenido importantes galardones internacionales (*Europa Nostra* en 2004, *Agha Kham de Arquitectura* en 2010, *Museo Europeo del Año* en 2012). Sin embargo, una serie de catastróficas decisiones políticas iniciadas en 2013, y afortunadamente corregidas hace escasos meses, ha arrojado sombras sobre un modelo de gestión que continúa siendo válido en sus aspectos básicos, pero que precisa de nuevos instrumentos acordes con los retos a afrontar en este siglo XXI pleno de vertiginosos cambios. Unos retos ante los cuales *Madinat al-Zahra* no estará sola, apoyándose, en primer lugar, en las sinergias establecidas con Córdoba, la ciudad matriz con la que siempre estuvo y deberá estar unida; y, en segundo lugar, en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, que con la publicación de este volumen ha dejado claro su firme compromiso con la joya del Patrimonio cordobés.